



Radka Denemarková

Contribución a la historia de la alegría

Traducción del checo de Montse Tutusaus



RADKA DENEMARKOVÁ

Contribución a la historia de la alegría

Traducción de
Montse Tutusaus

Galaxia Gutenberg



Con el apoyo del Centro Checo

También disponible en eBook

Título de la edición original: *Príspevek k dejinám radosti*
Traducción del checo: Montse Tutusaus Romeu

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2020

© Radka Denemarková, 2014
Publicado según acuerdo con Paul&Peter Fritz Lit. Agency
y International Editors' Co. Agencia Literaria
© de la traducción: Montse Tutusaus, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019

Preimpresión: Maria García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 676-2020
ISBN: 978-84-17971-47-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Ester. A Honza.
A las golondrinas de la isla de Amrum

Desde el nido,
las crías de golondrina
siguen el cielo crepuscular.

KOBAYASHI ISSA

Ningún grito de desesperación puede retumbar con más fuerza
que el grito de un individuo.

Ningún sufrimiento puede superar el sufrimiento
que experimenta un solo individuo.

La Tierra entera no puede experimentar mayor sufrimiento
que el que experimenta una sola alma.

LUDWIG WITTGENSTEIN

No hay precepto alguno que prohíba a las mujeres mayores
trepar por los árboles.

ASTRID LINDGREN

*No es por las plumas que se conoce al hombre.
El viento horada mi cuerpo.*

Prólogo

La cabeza contra el muro. El cuerpo bajo las pezuñas de los caballos. Cuánto se oculta en la rutina y el ritual. Ya han quedado varias veces en la cafetería. Han paseado siguiendo el río turbio. Se han sentado en un banco y se han penetrado el uno al otro con los ojos. Han salido juntos a cenar. Han ido juntos a un concierto. Ya se han cogido de la mano. Él le ha pasado el brazo, con timidez por encima del hombro. Con osadía alrededor de la cintura. Se han besado. Se han degustado. Al cine han ido ahora por primera vez. Han visto el clásico británico *Breve encuentro*. En la casa de té creen que hablan de la película. Hablan de sí mismos, escondidos detrás de los personajes de la vieja película. Lo masculino y lo femenino se mezclan; una primavera que no sucumbe a los cambios de las estaciones del año. El sagrado cazo del té gorgotea pausadamente. Sus corazones se hinchan. Se tocan las zonas más profundas del mismo. Se olvidan del tiempo y el tiempo se olvida de ellos. Pierden el último autobús.

Es de noche. No hay ningún *rickshaw* a la vista. Un autobús medio vacío frena junto a ellos. Frena junto a ellos de buen grado. Los corazones henchidos suben. Pagan agradecidos al conductor. Les sonríe. No reparan en que el autobús tiene las ventanas cubiertas. El futuro queda en penumbra. Recorren el pasillo hasta los asientos traseros. El autobús se despega del arcén. El conductor pisa el acelerador.

Cogidos de la mano hablan de la película. Es una conversación susurrada con pausas entre palabras y pausas en las palabras mismas. El hombre joven del asiento de detrás del conduc-

tor se levanta. En la mano sujeta una barra de hierro. Se dirige hacia ellos. Los dos que han ido al cine por primera vez y van cogidos firmemente de la mano ignoran que no se tocarán con sus cuerpos, que no se tocarán ni siquiera con los ojos, ni conectarán a través de las palabras. Otros dos cuerpos masculinos jóvenes y firmes se incorporan en el autobús. Bloquean el pasillo. Todos sonríen. Con qué dulzura y amargura lo hacen. Oruga caperucita. Ven a escuchar su tono.

Con perspectiva todo es terriblemente simple. La memoria de los cuerpos no engaña. Las golondrinas vuelan y, por los siglos de los siglos, cuchichean sobre los cuerpos humanos de allá bajo. El depósito de la confianza se estrecha. El «yo» florece como tulipán amarillo *sólo* durante el vuelo, en el cáliz se rastrean por un laberinto de espejos. ¿Requieren valor las golondrinas? Viven conforme a sí mismas, no pueden hacerlo de otro modo. Y a la vez son tan frágiles.

Las colitas ahorquilladas dan vueltas por la colina. Petřín la llaman. Es redondeada y está salpicada de parejas de enamorados. Se encuentra en el centro de la ciudad vieja, por eso es un lugar romántico. Cuánto, cariño, se oculta en la rutina y el ritual.

Al bajar, las parejas pasan por delante de una casa naranja con las ventanas blancas y el tejado rojo. La casa se encorva al pie de Petřín, la chimenea no humea. Se arrodilla humildemente y humildemente implora, la frente encastrada en la colina. Por la noche, un esbelto farol ilumina la zona delante de la casa. La franquea, asoma voluptuosamente la cabeza. La casa parece un segundo farol que una luciérnaga rebelde hubiera arrojado desde el cielo.

En los pisos con vistas a la vegetación, alguien escucha música con las ventanas abiertas. Los enamorados ralentizan el paso y extienden las orejas.

No hay cortinas que cubran las impecables ventanas. Un perro negro, extraviado, hambriento, enjuto y cachondo se detiene en los adoquines; es la vergüenza de su dueño. Las muñecas y el

muñeco de detrás de las paredes del edificio tienen todos el mismo aspecto, todos la misma forma de moverse, son calcados: tienen dos ojos y dos orejas y dos manos y una boca y una cabeza y un torso y andan sobre las extremidades inferiores. Lo que confunde al perro.

Por fortuna, las caras descascaradas de las cuatro muñecas están repintadas con esmalte amarillo y la del muñeco, con esmalte azul.

El color de las caras se desconcha.

El alba chirría junto al portillo. El perro se sienta.

Las paredes naranjas se abren. Empieza la comedia. El perro ve un teatro de marionetas. Ve una casita para cuatro muñecas amarillas y la sombra de un muñeco azul. El perro, sentado, saca la lengua. Engulle las hojas que caen. Espera a ver qué ventana deja caer un hueso roído. No ladra, no muerde. Como el tiempo, hummm.

Las golondrinas vuelan y gorjean. Bromean sobre los hombres y las mujeres. El sexo es alegría. Las gracietas se repiten por los siglos de los siglos, las golondrinas coleccionan contribuciones a la historia de la alegría. Dan con un campo de batalla que no conoce tiempos de paz. Existe un acuerdo tácito y un territorio que no es ni será nunca liberado, que cualquiera puede conquistar, donde hasta hoy está permitido todo a todos. Un campo arado. Un latifundio de tierra negra, fértil. Se llama cuerpo del más débil. Denunciar a los vencedores es ridículo.

Las golondrinas vuelan, su sabiduría nace *sólo* de fuertes dudas y, mientras viven, permanecen fieles a su naturaleza.

Frágil otoño y la inquietud de los colibrís

El hombre está sentado, reclinado sobre una viga sana y robusta. La cabeza inclinada estudia el abdomen y el abdomen desoye lo que sucede a su alrededor. El cuerpo lleva puesta una camiseta de tirantes estrecha de color negro y unos calzoncillos a la moda. La bata a cuadros, de seda, está abierta. Fue comprada en Escocia, en el pecho ostenta el escudo de un clan. Al hombre sólo le falta el *kilt*. Va sin sombrero y descalzo. Tiene las piernas estiradas y abiertas como un muñeco de cuerda. Los dedos de los pies son redondos y blandos. Si le hicieran cosquillas con una pluma de pájaro en la rosadamente arrugada planta del pie, los dedos se inclinarían hacia atrás hasta que le crujiera la espalda. El hombre se avergüenza; va vestido de cualquier manera. Los ojos mirando el suelo.

Descansa en un espacio impoluto y bien organizado y despejado. El desván, aquí llamado buhardilla, pertenece a una villa familiar de nueva construcción, la escalera metálica es una lengua larga por la que sube el infortunio, en los estantes se arrellanan expuestos juegos caros de maletas y bolsas y botas de esquiar. Los esquís y bastones de esquí alpino y esquí de fondo se desperezan en altos y estrechos anaqueles, seguidos de palos, botas y bolsas de golf. Sobresalen varios tendederos metálicos fijados al suelo. Nadie seca la ropa en ellos; la familia usa las secadoras del lavadero del sótano. El hombre tiene el pelo gris. La vegetación de la cabeza forma un tepe compacto, un cepillo denso cortado en líneas rectas. Las piernas del muñeco son musculosas, los bíceps de los brazos están muy trabajados, la espalda, ancha y viril.

El conservado cuerpo se engaña a sí mismo.

Es un hombre entrado en años por mucho que los fines de semana fuera a nadar; lavaba los pecados de los días laborables. Extensa brazada, inhalación e inmersión. Eliminaba el estrés y en el cloro diluía el asedio de los años. No tenía por qué trabajar, pero trabajaba. Lo hacía a gusto, pues no tenía que hacerlo.

En el desván hay movimiento. El inspector de policía se arroja junto al hombre como si con una plumita de pájaro o una brizna de hierba quisiera hacerle cosquillas en los pies descalzos. O, con un susurro, hacerlo entrar en razón.

El hombre no reacciona. Calla, no responde. Por el solitario atardecer de otoño entra volando una golondrina, los ojos empañados de lluvia. Los hombres presentes se deleitan con el espectáculo; una risa colectiva de fuertes barítonos la espanta. La delicada golondrina es presa del pánico y se estampa contra las paredes, vuela en círculos junto al techo hasta que por la clara-boya sale hacia la libertad. En el pico, una flor de cerezo violáceo que no crece por estos parajes. Decididamente, en esta época una golondrina no hace primavera, el lugar de la oruga caperucita no es sino entre flores de cerezo japonés.

El Policía, balanceándose como un pato, se acerca a la sien izquierda del hombre. Los pantalones se le abomban en las rodillas. El que está sentado tiene los ojos vueltos hacia su propio pecho; el Policía, hacia el cuello del que está sentado. De rodillas, sigue atentamente al joven médico que con cuidado tiende y vuelve a palpar el cuerpo en calzoncillos y bata de seda. El hombre no opone resistencia. Tiene un lazo blanco enrollado alrededor del cuello. Alguien ha arrinconado su cuerpo y lo ha amarrado con un lazo blanco para que no se escape. Como un perro a su caseta. Junto a la viga hay una silla de teca volcada, tiene el enrejado combado. Con las piernas abiertas rasga provocativamente el aire. Junto a la pared, las otras tres sillas de altos respaldos enrejados montan guardia puritanamente. Están a la espera de espectadores que aplasten los culos en ellas y disfruten del teatro de marionetas. En la planta baja, ocho sillas de teca exactamente iguales sacan pecho orgullosas junto a

la mesa extensible de cocina. Ninguna de ellas duda de que se trate de un suicidio.

Se trata de un suicidio.

Los hombres recogen sus enseres.

En comparación con el cuerpo sentado, el Policía es joven; tiene treinta y siete años. Le gusta su trabajo, y eso que él tiene que trabajar. Es diligente y la memoria le funciona, no sabe si bien. El cuerpo del Policía se acerca con andares de pato al otro lado de la cara tumbada. Indeciso, palpa el rostro como un ciego, siente la piel y las arrugas. La indecisión es un ladrón de tiempo; lo confunden el par de marcas del cuello del hombre, la memoria extrae los detalles de un seminario especializado en suicidio y asesinato con ahorcamiento. Una es oblicua. Lo cual está bien. El caso es que hay otra, apenas perceptible. Y esta es recta. El Policía llama la atención del médico. El médico desestima la advertencia con un gesto, qué dices, tío, se trata de un suicidio, chsss.

El Policía se incorpora. Le crujen las rodillas. Levanta una polvareda y recoge la plumilla de golondrina posada en los labios carnosos del hombre. El Policía observa la lluvia por la ventana abierta. En los cables de telégrafos de detrás del jardín se agrupan unas notas, los cuerpos de las golondrinas. No están a tiro de piedra. ¿Acaso es momento de tirar piedras?

Lo es.

El Policía baja por la escalera de metal al primer piso. Hay una amplia terraza acristalada con vistas a la ciudad. Un niño juega en una alfombra peluda con motivos infantiles. Resigue los raíles de la alfombra con una locomotora. En un sofá negro de piel con respaldo metálico, la mujer ha dejado de llorar. El espejo de enfrente compuesto de decenas de lágrimas ovaladas multiplica el reflejo de una melena rubia recogida en un moño y de una naricita que se respinga. Responde quedo las preguntas de la experimentada y corpulenta policía que con una mano

anota sus palabras y con la otra le sujeta la muñeca y le toma el pulso desbocado. Más de treinta años separan el cuerpo que llora del cuerpo atado a la viga del desván. Volvía de una escapada de otoño al mar. Sí, sí, hoy sábado, esta misma tarde. Llevaba las maletas vacías al desván, a mi marido le gusta... le gustaba el orden. La rutina y los rituales, decía, la estrategia del día, de otro modo, cariño, la vida se desmigaja y se vacía.

No debía estar aquí, ronquea la voz llorosa. El viernes por la noche se iba... tenía que irse a la montaña, es verdad que no se dedicaba al alpinismo con el fervor de antes, pero esquiaba y en verano y en otoño le gustaba hacer rutas con los amigos. No, enfermo no está... no estaba... estaba... está en perfecta forma aunque casi tenía setenta años. La Viuda rompe a llorar.

El Policía interrumpe a las dos mujeres. Tiende un pañuelo al llanto. La Viuda ha gastado los de papel. El pañuelo del Policía es de tela, con un anticuado monograma bordado. La agente se aleja. El Policía dispara una nueva ráfaga de preguntas. Un asombro agraviado cruza el rostro de la Viuda. No, pero si ya lo ha explicado, al desván llevaba las maletas vacías. No, no sabe por qué lo ha hecho. No, no habían discutido. Si desde que la amnistía presidencial lo había redimido de todo hasta tenía más energía.

La Viuda agarra al Policía de la mano. Lo guía hacia el dormitorio como una cortesana impaciente. En la mesita de noche hay un papel. El Policía recopila con los ojos las palabras garabateadas: «lentes de contacto», «gafas de sol», «crema bronceadora», «protector labial», «venta para masajes», «notas del capítulo 88», «medicamentos». La Viuda se contonea victoriosa. El Policía percibe el contoneo. El contorno de los senos y los intuidos y sangrientos botoncitos de los pezones y una cintura fina y unas caderas redondas. La amplia cama con almohadas de satén blancamente dispuestas le hace un guiño. Una larga uña color melocotón golpetea el papel, pica y pico-tea las palabras. Se hacía una lista cada vez que se iba, cada vez que se marchaba entusiasmado. Escribió las palabras a mano. Escribía a mano cuando algo le parecía importante y tenía prisa, de otro modo, a mano, casi no escribía. Por qué se habría

hecho una lista; si se hubiera decidido a emprender el último viaje, de qué le habría servido. Yo no sé adónde iba ni por qué, ni sé qué lista debería hacerse para el último viaje ni de qué le habría servido, la pone bruscamente en su sitio el Policía. La mujer no se rinde. Por qué no *le* escribió al menos un par de líneas. Los ojos de la joven Viuda se llenan de brillo. El agua se desborda. A sus pies se tambalea el niño de tres años con la locomotora en la mano. No llora, *sólo* observa. No, no tenía enemigos. Hace un tiempo tuvo un percance con las exasistentas. Pero era todo un despropósito. Lo acusaban de acoso en el trabajo y una aseguraba que la había violado o algo así.

El Policía se siente incómodo en el dormitorio. Se dirige a la habitación contigua, el despacho del marido. La Viuda y el chiquillo corretean obedientes detrás de él. El despacho también tiene una pared acristalada por la que se escurren las gotas de lluvia. Viven en un acuario, piensa el Policía. En los cables de telégrafos los cuerpos de las golondrinas se reagrupan, componen una nueva pieza musical al ritmo de las gotas.

En un rincón de la mesa maciza semicircular con el tablero marrón oscuro, destaca una fina jarra de agua con un cristal dentro. Un cristal tallado parecido pero más pequeño centellea en la ventana. La lágrima tallada a hachazos reluce azulada en la doble hoja de la ventana. En el reflejo hay dos lágrimas. Las paredes restantes están cubiertas de fotografías enmarcadas, encajonadas una al lado de la otra; un mural blanco y negro. Unas guías metálicas del color de los marcos ciñen la pared de enfrente de la ventana. El Policía coloca su carnosos índice en un botón redondo que hay junto a la brillante jarra de agua, mira a la mujer. Esta succiona los mocos, dilata los ollares; señal de seguridad y confianza. La cabeza asiente. El índice pulsa el botón.

Las fotografías se deslizan con estruendo por la pared, ruedan y ruedan. El Policía vuelve a pulsar el botón. Las imágenes en movimiento sufren una sacudida, se detienen y se mecen como si alguien soplara ligeramente en su dirección. Los ojos

del Policía las examinan. El Policía se vuelve y extiende una vez más el índice hacia el botón. Por detrás, la voz de la mujer explica con paciencia que se trata de una manía de su marido. Cambiaba las fotografías según las visitas, y así no perdía el tiempo buscando. El hombre aparece en ellas hasta con los presidentes. Están unidos por una densa cabellera gris. En traje y sonriendo sentados en el auditorio de un teatro. En un partido de tenis, vestidos con ropa deportiva y mirando todos en la misma dirección, la que indica la pelota. En traje junto a un tablero de ajedrez. Con pesados abrigos de piel en un partido de polo sobre hielo. De pie en un campo de golf con actores y actrices de cine. Entre el jurado de un concurso de belleza. Tomando becherovka en un convite. Todas están tomadas después del 89.

El Policía invita al chiquillo a pulsar el botón, esa especie de escarabajo. Vaya. El niño se esconde detrás de su madre. Su padre se lo tiene... se lo tenía estrictamente prohibido, explica con cierto embarazo la Viuda. Y dónde están las fotos de ustedes, pregunta el Policía estudiando toda la habitación. El rostro de la Viuda se refleja en el cristal y calla. El Policía hace preguntas, con la saliva va pegando el caso como las golondrinas el nido. La respuesta no proferida condensa el aire, los dos piensan en ella. La respuesta no proferida los pega el uno al otro.

¿Y por lo demás?

Pues por lo demás nada especial, hace un par de años traspasó las empresas de construcción al hijo mayor del segundo matrimonio y fijó su despacho aquí en la casa, a las oficinas iba a veces de visita, seguía de cerca las obras de mayor envergadura. El Policía hurga en los cajones de la mesa maciza, abre la agenda del hombre. Y los demás hijos qué, quiero decir los de los matrimonios anteriores. La Viuda suspira, *sólo* se entendía con el hijo mayor, a decir verdad fue el propio hijo quien lo buscó al cabo de los años, con el resto de hijos y esposas no se veía y se negaba a hablar de ello conmigo, decía que eran proyectos cerrados.

¿Proyectos cerrados?

Proyectos cerrados.

El Policía hojea la agenda. Caen dos hojas de papel. Y un artículo doblado, recortado de un periódico. El Policía extiende las hojas una al lado de la otra. Ha dicho que apenas escribía a mano. La Viuda se pega a su cuerpo. Inconscientemente el Policía entorna los ojos y entra el vientre, se le acelera la respiración, respiración profunda y ollares dilatados, señal de seguridad y confianza, el cuerpo ha reaccionado, el olor de la mujer lo atrae. La verdad es que no le gustaba escribir a mano, esto son *sólo* notas a lápiz para el libro, lo raro son las palabras subrayadas con tinta violeta. ¿Para el libro? Sí, escribía un libro sobre su vida, al principio no quería contratar a nadie pero la cosa se le resistía y alguien le aconsejó un curso de escritura creativa, lo hacía con la señora Birgit Stadtherr, esa curiosa escritora que después de la guerra huyó a Inglaterra, vivió en América o no sé dónde y desde hace un tiempo vuelve a estar instalada en Praga, escribe en inglés y *sólo* sobre hombres, bueno, sobre reyes y hombres de Estado, en Praga al parecer escribe un libro sobre el presidente Beneš. Pues bien, en primavera dio un cursillo de escritura creativa para un número reducido de individuos exóticos, para la élite, vaya, de otro modo mi marido no lo hubiera hecho, un curso carísimo, de verdad, ni me pregunte lo que valía, lo que le llegó a costar, uf, ya sabe, americana y encima de origen checo, y al final le endosó un curso de relajación con la señora Diana Adler, más caro aún. Decía que era la única manera de acabarlo, así al menos se obligaba a avanzar un poco antes de cada clase. Ejercía en él una gran influencia. Las dos lo hacían. El artículo recortado es de ella, lléveselo también. Quería escribir una novela sobre los hombres maltratados, decía. Le exasperaba lo que pasa hoy. Y qué es lo que pasa hoy, pregunta el Policía ojeando el mordaz artículo firmado con las palabras «Birgit Stadtherr». Las frases punzan su ijada. La verdad es que no sé qué quería decir con ello. La mujer se aparta y esboza una sonrisa. La media sonrisa en su propia cara bronceada la asusta.

El Policía lamenta que el cuerpo se haya alejado. Añora el roce, quiere oler su pelo. Los ojos almendrados de la mujer se

clavan en el dedo corazón del Policía, en una alianza. Era de mi abuelo, se apresura a decir la voz para los ojos entornados. ¿Puedo leer lo que escribió su marido? Puede, pero... El delicado rostro de la mujer palidece. Pero qué. Pues... le rogaría, bueno si es que en la situación en que me encuentro puedo, si es que en la situación en que me encuentro es real... Con un carraspeo el Policía la alienta a seguir. Está atornillado a una frase que no tiene fin. Bueno, que si... pues que si no podría leerlo aquí en casa, en el despacho. Sabe, no quiero que este ordenador se pierda, está en él soterrada nuestra vida, los contratos, los negocios y nuestros primeros y últimos correos, las fotos familiares y las cuentas y esas cosas. Por supuesto *sólo* si no tienen que incautarlo, si bien... todo esto es ridículo. No lo digo por usted o por los demás agentes, no se lo tomen personalmente, por Dios que no, pero si no fuera una molestia desplazarse hasta aquí, yo me quedaría más tranquila y no pasaría tanto miedo en esta casa enorme, sola... creo... vaya.

La respiración del Policía se ahonda, se suma un pulso acelerado y acude corriendo un cosquilleo en la ijada. Consiente a pesar de ir en contra de las normas. Desde el despacho del hombre los observan burlonamente los adelantos tecnológicos, incluida una impresora que con mucho gusto y diligencia escupiría las hojas escritas, el Policía se las podría llevar directamente, bien ordenadas en el bolsillo, bien impresas en la mano. Los cuerpos del Policía y la Viuda ignoran la existencia de toda tecnología. Actitud inasible; muy preciada.

La mujer acompaña el cuerpo del hombre hasta el coche. En el soportal sacude las gotas de agua del paraguas negro. No mira hacia atrás.



Birgit Stadtherr y sus dos amigas han salido volando de Praga con una alegría glacial. En un par de días habrán anidado en Inglaterra. A primera vista, el pretexto parece realista. Diana dará un curso magistral de yoga. Birgit escribe un libro sobre Beneš e impartirá un curso magistral de escritura creativa si,

[illegible]

Los cuerpos se deslizan hacia la penumbra por una cortina de cuentas de vidrio rojas y naranjas. Unos ojos brillantes centellean detrás de la barra de obra vista, exhiben los dientes con una sonrisa nívea. Se sientan en un rincón desde el que se observa la calle y el edificio de enfrente. El dueño las atiende. Les trae el menú del día que sale bien de precio pero está lleno de tachones. Lleva una camiseta apretada con cuello en uve. A Birgit se le escapa un gemido. No puede creer lo que ve. Para asegurarse, se coloca en la nariz las gafas de leer. Pues así es. Tiene delante un tipo realmente guapo con el cuerpo de Arnold Schwarzenegger estampado en la camiseta, vale, vale, qué quieres, qué esperabas. Se quedó pasmada, ay, y de qué manera. Una vez que hablaba con su exmarido de lo que habían vivido antes de conocerse, se enteró de que él había hecho el trabajo de final de bachillerato sobre Albert Schweitzer, un fi-

lósofo, médico y humanista alemán que fundó un hospital en Lambaréné, África.

El caso es que, cuando ya habían tenido al primero de los tres hijos, se lo comentó a Erika durante una cena. A ella también se le iluminó la cara, pues Schweitzer había sido además musicólogo, organista y teólogo. El marido las miraba a las dos sin entender lo más mínimo.

—Yo no hice el trabajo sobre... sobre... sobre...

—Lo hiciste sobre Albert Schweitzer.

—No.

—¿No?

—No. Lo hice sobre Arnold Schwarzenegger.

No había oído el nombre de Albert Schweitzer en su vida. Por desgracia, ella sí que había oído el de Arnold Schwarzenegger. Comprendió que en su caso el amor no era sólo ciego sino también sordo.

Erika se levanta de la mesa. Nadie se fija en ella. Birgit la que menos, mira la camiseta del dueño del restaurante que la atiende. La atiende Arnold.

A esa hora hay varias cabezas negras absorbidas por la pantalla de la tele o las del móvil. Suena una música uxoro-hiomí, reina un maravilloso y persistente aroma, los hombres mayores fuman. Erika observa el baño. Una serpiente de papel de váter rosa yace debajo de la taza. En la pared de obra vista hay un póster clavado con chinchetas. Un anuncio de ropa interior Wonderbra. Erika se fija en todo. Plano a plano, tramo a tramo, con cada parpadeo fracciona lo que ve. Del bolsillo saca sus propios pañuelos de papel.

Vuelve junto a Birgit con las manos bien lavadas. Birgit descifra las palabras de la canción. Descifra una lengua que no conoce. Erika se sienta. Bajo la mesa estira la pierna dolorida.

—Si estuviera en su casa, no me daría ni un trago de agua.

Erika mira a los hombres y no es una mirada justa. Mira a todos los hombres como si mirara al mismo. Con la mano de-

recha estrecha una cruz dorada con un rubí. Tira del colgante. La cadenita se clava en la piel arrugada del cuello.

Birgit calla; se llena de indignación como se llena una jarra con la espuma de la cerveza. Por qué siempre mete el sexo de por medio, será racista. Por qué hay que mezclarlo siempre todo con los sexos. Acaso santa Erika tiene la certeza de que una mujer sí le daría un trago de agua. Su Jesús, o Buda o Mohamed o en quién sea que ahora cree, también era hombre, ¿no? Han identificado la masculinidad con la humanidad en general. Y es perverso. Todos estos códigos rígidos de la masculinidad y la feminidad, cuerpo de mujer, cuerpo de segunda categoría. No, aquí no ha habido ninguna revolución sexual. Nunca. Ninguna. Las religiones necesitan una revolución sexual. ¿Por qué una golondrina no puede ser papa?

Cogen la argamasa caliente con el tenedor. La comida bombardea la sangre; bocados llenos de chile y curry. El dueño pone el café en la mesa, le espolvorea cardamomo por encima.

—Esperemos que no sea arsénico —dice tranquilamente Erika.

La vergüenza lame la espalda de Birgit. La que con mucho gusto echaría arsénico en el café de Erika es su mano. Coge un bocado picante y traga. Puede que hayamos vivido con demasiada intensidad. Tener amantes sí que es una forma bonita de yoga, sexo y orgasmos al cuadrado. No entiende la palabra infidelidad. Se separó del marido igual que antes se había separado de Diana y de Erika, fue en un momento de delirio, lo hizo cuando tuvo la sensación de que Erika estaba recuperada, de que ya no saltaba confusa del budismo al protestantismo y del zen al catolicismo ortodoxo tratando de saciar el vacío que llevaba dentro; en lugar de ojos, dos cámaras. Erika también alternaba *hombres*, requiere muchísima voluntad no servir a un único señor. La *trinidad* cristiana no era del gusto del profeta, es el *cuatro* el número divino, el islam permite casarse con cuatro mujeres y son cuatro los principios que rigen la verosimilitud. Diana se ha pasado la vida con un *solo* hombre. Sin él

estaría perdida y él estaría perdido sin ella. Hacia el final, aunque cada uno dormía en su propia habitación, estaban entreverados.

La irritación confluye y se espesa formando un *roux* gruñón. La ansiedad la impulsa a dar vueltas como si fuera una peonza asilvestrada. Debería pegar el culo en casa y escribir. La escritura tiene que ser un corte de cuchillo. Unas tijeras clavadas en la palma de la mano. El vaso que pulveriza la palma de su mano; los pedacitos incrustados en la carne se los sacan los demás. El cuerpo está destrozado, la saliva es venenosa. Quien tejió la trampa de los cursos fue Diana, Birgit se resistía; cursos para escritores de pacotilla acomodados y aburridos que, en situaciones críticas, son los primeros en caer, que se piensan que basta con componer una frase y listo, páginas y páginas redactadas que enviaron personalmente como las lechugas de su huerto llenan la maleta, todo basura, ganga de páginas manchadas, la lengua profanada y el deseo, no de pensar y escribir, sino *sólo* de publicar un producto, siguen pautas y matan la literatura, cómo le duele eso a Birgit. Arrebujarse con la vida y succionar palabras de una cáscara como si fuera yema cruda.

Birgit sorbe y se traga un chile. No puede escribir. Birgit está infectada. Contaminada por la escritura de otros. Que la editorial busque a alguien que se encargue de leer los garabatos de sus manuscritos. Y que ese alguien, cortado por las palabras –suyas aunque ella jamás las haya pedido–... pues que ese alguien haga un informe. Sí, un informe con una interpretación confusa de lo que el cuerpo escribió. Birgit es improbable. La vida es improbable. Te volverás loca y no falta mucho. Me volveré loca y no falta mucho, Birgit echa otra guindilla sobre la mezcla picante. Tropieza con tantos temas y hay tantas posibilidades sobre cómo procesarlos y variarlos y achucharlos y besuquearlos y violarlos y refundirlos y atacarlos y fraccionarlos, tantos temas en los que escarbar como una herida con el índice. Desmenuzar en la herida la vida que se pega y se arrastra y que la usurpa. Salpimentar y condimentar. Cortarse en filetes de carne magra rosada y adherirse a las páginas, no es culpa mía si soy acelerada e intensa, si tengo tantas caras repugnantes y atrayentes y si to-

das son verdaderas y no es culpa mía si he nacido lista, he nacido lista, exclamaba Marie Olympe de Gouges cuando en 1793 la arrastraban al cadalso; la ajusticiaron porque era peligrosa, un ciudadano de segunda categoría tiene que mantener el pico cerrado y no puede escribir, criticó el terror de los jacobinos, me habéis declarado la guerra, queréis guerra, la tendréis; la guerra no ha terminado y la que ha terminado, o una parte de ella, está mayormente perdida. Debilitarse no está bien. La vida es variada y salvaje y tempestuosa e indescifrable y la literatura es una no nacida y es inasible.

A Birgit le gustan las palabras como oruga y caperucita. El milagro de las palabras que salen del huevo. Tropieza con palabras ajenas y con Erika, que es intuitiva y frágil y vulnerable y a la que le encantaría despertarse un día como adulta, le gustaría tanto. Tropieza con palabras ajenas. Las lava. Tropieza con su propio cuerpo y con el cuerpo de esas dos. Trillizas siamesas. Tendría que haber vivido sola, tendría que haberse separado; no debería haber vuelto.

Ahora es tarde también para volver al orgasmo al cuadrado. Su carne está reseca y ahumada como un bacalao noruego.

La atmósfera del bar cambia. El sol se echa a un lado y cede el paso al cuerpo que entra ondeando la cortina. Los flecos de cuentas de vidrio tentaculizan el cuerpo. Pelo largo, pestañas largas, piernas largas. En ese cuerpo todo es largo. Las víboras de vidrio se aferran con uñas y dientes a las curvas. Las caderas van prietas en unos conductos tejanos con agujeros en las rodillas. Las heridas de los vaqueros son rectas, cicatrices deshinchadas de color blanco. Unos pechos firmes y redondos se asoman por el escote blanco. Un sujetador de encaje se pliega en los bordes. Una chaqueta abierta de piel de color negro.

–Wonderbra –dice tranquilamente Erika.

–No tiene gracia.

–La tiene.

–Nunca has tenido gracia. Y no hace falta que acaricies la cruz a escondidas.

La mano de Erika se aparta. La mano ha recibido un guantazo.

Birgit está irascible, el buen humor de Erika devora los restos de su buen humor. La atmósfera cambia. En el aire penden el deseo y una tensión ralentizada. La corporeidad de la chica baña los cuerpos de los hombres. Ya ha empezado. A orillas del impetuoso río que separa la cría de la mujer, la propia corporeidad coge por sorpresa hasta a las mismas chicas. Es brusca y ardiente y vulnerable y desnuda y poderosa. La mente queda desconcertada ante el propio cuerpo al que no reconoce. Los ojos han salido a inspeccionar, los dirige al espejo.

Birgit desplaza la mirada del cuerpo de la chica a la regordeta Erika. Como si hubieran sido eliminadas del género femenino, piensa. Porque el erotismo es sensible a la belleza y a la frescura. El amor ya es otra cosa, el amor lo pone todo en otro saco.

La domadora Diana no estaría de acuerdo. Diana *sólo* habla del alma. Al mismo tiempo lleva toda la vida cuidando del cuerpo. Si Diana estuviera sentada con ellas, lo simplificaría todo y desviaría la atención hacia el *svadhishtana*, el *chakra* de la sexualidad, que según ella interviene en la pasión; diría que a esa edad las chicas absorben o irradian una luz naranja, alumbran naranjamente, o que el *chakra* está bloqueado. Birgit está cada vez más molesta, está harta de tanta palabrería, harta de la sarta de sandeces procedente de las frases de Diana y Erika. Y harta del tropel de individuos inmaduros que se autodenominan adultos formados; en lugar de pararse a pensar cinco minutos en sí mismos y echarse una mano y trabajarse en soledad, lo que *es* un trabajo duro, buscan recetas e instrucciones simples, alternan *coaches*, diosas, dioses, pecados y castigos, redenciones, concursos de televisión, países exóticos, sesiones caras de confesionario, brujas y astrólogos y videntes y terminan en cursos de *felicidad en una hora y cómo formular nuestros deseos bajo supervisión angelical*. Cuando abandonan los endiabladamente caros seminarios, martirizan a sus

parejas, hijos, subordinados. Así que, santa Erika, ¿por dónde se llega a la senda simple y directa e incondicional del amor al hombre? Birgit les pondría en la lengua palabras languidecien-tes de misa. Para que se las tragan. Palabras como amabili-dad y bondad y respeto por el otro y empatía. Por ejemplo. Nadie las quiere, a nadie le gustan, son gratis.

La chica es preciosa. Como una estatua, como una muñeca, como una criatura, una hermosa criatura que hubiera madura-do precozmente, extiende la mirada desde el punto justo en que, con el inminente mediodía, desaparece el frescor matuti-no; las telarañas de la feminidad ya se amontonan en ella, falta un minuto para el mediodía.

Piel de miel.

Pero una cierta aspereza echa abajo la belleza. Ella sabe, y demasiado bien, lo guapa que es. Si no lo supiera, se convertiría en un arma escurridiza e indomable, en un misil no guiado indestructible por ingenua. Ya no es ni la inocencia que llama a que la violen. Ella sabe. Y calcula. Los ojos brillantes de los hombres de la sala la miran, los cuerpos están tensos, la mente entregada, en pensamientos se adueñan de ella. Porque la cria-tura no se defenderá de ellos y, sin embargo, dominará.